



Capítulo 9

El pensamiento pragmatista en la actualidad: conocimiento, lenguaje, religión, estética y política

Pablo Quintanilla y Claudio Viale

Editores



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

*El pensamiento pragmatista en la actualidad:
conocimiento, lenguaje, religión, estética y política*
Pablo Quintanilla y Claudio Viale, editores

© Pablo Quintanilla y Claudio Viale, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: octubre de 2015
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-13370
ISBN: 978-612-317-137-7
Registro del Proyecto Editorial: 31501361500976

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LA GRAN FELICIDAD DE NO PENSAR EN NADA. WILLIAM JAMES Y EL RETORNO A LA EXPERIENCIA

Paula Rossi

Universidad de Buenos Aires

UN CONFLICTO ENTRE DOS MODOS DE CONOCER

Conocer, para James, es verificar. Y hay verificación cuando cierta parte de la experiencia (nuestras creencias) entra en contacto operativo satisfactorio con otra parte de nuestra experiencia (lo real). En este sentido, todo conocimiento es con vistas a la acción y el logro de ciertas finalidades. Creencia y realidad van de la mano: no porque encontremos en la experiencia las causas de nuestras creencias sino porque encontramos en ella sus consecuencias. Tal es la enseñanza básica de la denominada máxima pragmatista.

Ahora bien, la base fundamental sobre la que se inicia el proceso cognoscitivo es la «sensación» (*feeling*). Pero, ¿qué debemos entender por *sensación*? La sensación, para James, nos *ofrece la simple cualidad del mundo*. Como bien señala Perry, las sensaciones no refieren a los elementos últimos de un análisis psicológico sino a la presencia directa e inmediata de algo. Entiéndase por sensación: «sensación de realidad» (1958, p. 70). Esto quiere decir que la sensación no es copia interna de algo externo: no hay distancia entre la «sensación de algo» (fenómeno interno) y el «algo» (cosa externa). No obstante, en tanto el fenómeno inmediato de la conciencia no es jamás una sensación simple y pura, hablaremos de *percepción* para referirnos a nuestro primer registro del mundo¹. Y para James, estos perceptos —aunque mudos— constituyen una forma de conocimiento del mundo. Los perceptos nos permiten, pues, manipular objetos y circular

¹ Según James, la percepción envuelve siempre una sensación y, a su vez, en la vida adulta, no hay sensación sin percepción. Son dos nombres que no expresan diferentes hechos mentales sino que difieren en la cercanía y en los datos del objeto que nos ofrecen: si el objeto se nos presenta como simple cualidad, es pura sensación; si el objeto se nos presenta como una totalidad, estamos frente a una percepción. Y las sensaciones (o perceptos) se diferencian de las emociones en el siguiente aspecto: las sensaciones, no se ven modificadas por la presencia o ausencia de objetos, razones o creencias. Por el contrario, una emoción es generada por una razón o creencia ante determinado objeto. En este sentido, una emoción puede cambiar o desaparecer si cambian las creencias respecto de ese algo/alguien. Todas las traducciones del inglés son de la autora.

en el medio con cierta familiaridad. En la percepción, la experiencia es revelación y el conocimiento es inmediato y particular. En este sentido, James sostiene que el conocimiento perceptual es el «conocimiento de tipo-intimidad» (*knowlegde of acquaintance*).

Pero, el conocimiento perceptual no es el único tipo de conocimiento que James reconoce. Existe, además, el «conocimiento conceptual» (*knowlegde about*). La función principal del conocimiento conceptual consiste en ayudarnos a adaptarnos de una forma más eficaz a un medio más complejo. De aquí que, lejos de desempeñar una función puramente teórica y especulativa, el conocimiento conceptual es sumamente importante a la hora de actuar. Mediante conceptos, comparamos, establecemos diferencias y similitudes, clasificamos y extraemos toda clase de consecuencias. Dice James: «con los conceptos podemos salir a la caza de lo ausente, alcanzar lo remoto, doblar este u otro camino, torcer nuestra experiencia y hacerle confesar a dónde nos lleva» (1987[1911], p. 1015). Más aún, mediante el uso de conceptos, el hombre incorporó y justificó valores y normas que modificaron y normativizaron gradualmente la vida social humana.

He aquí, pues, los dos modos de conocer: *el conocimiento perceptual y el conocimiento conceptual*. Las diferencias entre ambos son significativas: mientras la percepción es continua y no significa nada por sí misma, los conceptos son discretos y significan «esto» o «aquello» según la definición o el juicio en el cual se los utilice. Por otro lado, mientras que el conocimiento dado por la percepción se agota en el aquí y ahora (es mera presencia), el conocimiento conceptual abarca situaciones pasadas y futuras (en tanto resulta un sustituto de la presencia directa). Una diferencia más: el percepto se nos impone como un flujo constante y móvil de cualidades sensibles en el ámbito experiencial; el concepto, por su parte, es el resultado de un proceso ligado a la interpretación de cierta información perceptiva y a la selección de algunos rasgos del objeto con la finalidad de poder interactuar con él en una diversidad de situaciones posibles. Teniendo en cuenta esto, la diferencia existente entre el conocimiento perceptual y el conocimiento conceptual puede plantearse como la diferencia entre conocer y saber. Mientras con los perceptos conozco algo (directamente), con los conceptos puedo saber acerca de algo (aun sin tener experiencia directa).

Ahora bien, la posición de James respecto de la relación y la valoración que hace de cada uno de estos dos tipos de conocimiento ha sido imprecisa y confusa². Veamos en qué consiste la ambigüedad de la postura jamesiana.

² La distinción entre ambos tipos de conocimiento es tomada de John Grote. Y las obras donde James, principalmente, trata dicha distinción son: *Principles of Psychology* (capítulos XII y XVII); *Talks to Teachers on Psychology* [capítulo XIII]; *and to Students on Some of Life's Ideals* [capítulo II]; *A Pluralistic Universe* (lecturas VI y VII); *The Meaning of Truth* (capítulos I y II) y *Some Problems of Philosophy* (capítulos IV, V y VI).

En general, James parece sostener que *ambos tipos de conocimiento se complementan* y por tanto, que ninguno puede reemplazar ni superar al otro en ningún sentido imaginable. Perceptos y conceptos cubren sus deficiencias mutuamente. Más aún, el autor asevera que no hay conocimiento directo puro ni conocimiento conceptual puro y por tanto, ninguno puede comprenderse sin el otro. Cada uno de estos tipos de conocimiento remite al otro necesariamente. Perceptos y conceptos, pues, se impregnan y confunden mutuamente. Dice: «El mundo de nuestra vida práctica es tal que, salvo por la retrospectiva teórica, no podemos desentrañar las contribuciones del intelecto de aquellas de los sentidos. Se encuentran como el ruido de un disparo de fusil en las montañas, envuelto y confundido por el eco de cada pliegue» (1987[1911], p. 1037).

Y en esta mutua relación ambos tipos de conocimientos se enriquecen y potencian: la sensación impulsa nuestro pensamiento y nuestro pensamiento enriquece nuestras sensaciones. Dicho en otros términos, mientras más sensaciones recibimos, más material tenemos para conceptualizar; mientras más conceptualizamos, nuestra percepción de agudiza y percibimos con mayor detalle.

Ciertamente esta interdependencia parece equilibrada pero es posible apreciar que, en ocasiones, James establece una *dependencia más fuerte de los conceptos respecto de las sensaciones*. Esta dependencia se explica, fundamentalmente, en tanto James reconoce que los conceptos no tienen una función específica: su misión más importante radica en guiarnos hacia los perceptos, ya que los perceptos son la «roca estable» del pensamiento. De hecho, en tanto el conocimiento puramente contemplativo o desinteresado no existe y todo conocimiento es con vistas a la acción, el conocimiento conceptual no pueda nunca reducirse a la mera enunciación de un conjunto de reglas o procedimientos abstractos. Es imprescindible saber cómo usar las reglas y no solo poseerlas. Dicho brevemente: los conceptos nacen en los perceptos y mueren en ellos. La consecuencia que se deriva directamente de lo anterior marca una asimetría entre ambos tipos de conocimientos: mientras es posible tener conocimiento perceptual sin tener conocimiento conceptual; todo conocimiento conceptual implicaría —en algún momento— algún tipo de conocimiento perceptual.

No obstante, a pesar de la preeminencia otorgada al conocimiento perceptual, James reflexiona también sobre la *importancia indiscutida del conocimiento conceptual*. Ciertamente, se enfatiza la idea de que los conceptos funcionan únicamente como «planes de acción» —en lugar de quitarle relevancia a los conceptos a la hora de analizar la relación del hombre con la realidad—. La máxima pragmatista no consiste en otra cosa: en analizar el significado de nuestros conceptos en términos de sus consecuencias prácticas concebibles. En este sentido, los conceptos no son significativos en tanto meras abstracciones (esto conduce a ineficiencia y confusión filosófica)

sino en tanto se relacionan directamente con ciertas consecuencias prácticas. Y serán aquellos conceptos útiles los que se afirmen en el hombre como creencias. James sostiene una concepción instrumentalista de las creencias: las creencias son meros instrumentos o hipótesis que entrañan predicciones. En la medida en que dichas predicciones se cumplan o no, la creencia resultará verdadera o falsa. Así, las creencias se establecen como el suelo de estabilidad y convicción que rompe con el estado de duda, nos conceden decisión y nos disponen firmemente a la acción³.

Teniendo en cuenta lo anterior, y sin negar el aporte de la sensación, el conocimiento conceptual recibe así un aval significativo en tanto provee los elementos indispensables para lidiar con la realidad y acrecentarla. Indubitablemente, es la distancia que toma James respecto de una concepción intelectualista o racionalista de las creencias (que interpreta las propiedades abstraídas y fijadas en los conceptos como las esencias mismas de las cosas) lo que hace que el conocimiento conceptual sea tan bien valorado. Valoración que se evidencia cuando James enfatiza que —desde el inicio— la experiencia se encuentra conceptualizada de alguna manera⁴. Parecería, pues, imposible experimentar la mera percepción y dejarse llevar por el flujo de las sensaciones. No habría lugar para un «afuera» de los conceptos. Señala este autor: «Tan pronto nos llega, su flujo —el flujo de la sensación— tiende a llenarse de acentos, y estas partes salientes se vuelven identificadas y fijadas y abstraídas, de modo que la experiencia fluye ahora como atravesada por adjetivos y sustantivos y proposiciones y conjunciones» (1987[1909], p. 783).

Y en este sentido, se podría llegar a concluir que el conocimiento conceptual se basta a sí mismo. A mi parecer, aunque esta observación es correcta, James la sostiene con cierta nostalgia y apela —cada vez con mayor vehemencia— a la sensibilidad humana para advertir los límites de la conceptualización. Y aquí me detengo para expresar con claridad mi punto de vista: este autor sostiene que tanto el conocimiento perceptual como el conocimiento conceptual son importantes en el proceso cognitivo. No obstante, sostendré que él defiende claramente el poder de la vida

³ Cabe aclarar, sin embargo, que no todos los sistemas conceptuales devienen en creencias. Solo aquellos que sirven a los fines humanos perduran en nuestro entendimiento. Y su perdurabilidad tampoco es eterna o inamovible. Por el contrario, todas nuestras creencias (y por tanto, todos los conceptos) son falibles y reemplazables por nuevas (y mejores) creencias-concepto.

⁴ El propio James dice al respecto: «Cuando hablamos de realidad “independiente” del pensar humano, nos parece, pues, una cosa muy difícil de hallar. Se reduce a la noción de lo que acaba de entrar en la experiencia y aún ha de ser nombrado, o bien a alguna imaginada presencia aborigen en la experiencia, antes que se haya suscitado creencia alguna sobre tal presencia, antes que se haya aplicado cualquier concepción humana. El límite meramente ideal de nuestras mentes es lo que es evanescente y mudo. Podemos vislumbrarlo, pero nunca aprehenderlo; lo que aprehendemos es siempre un sustituyo de ella que el pensar humano ha peptonizado y cocido previamente para nuestro consumo» (1987, p. 59).

y del flujo de la sensación por sobre el poder del lenguaje y el conocimiento conceptual. Para ello, presentaré dos argumentos:

- (1) *El pragmatismo jamesiano como filosofía de la intimidad*. En esta ocasión, examinaré la contraposición que James presenta entre el punto de vista de la intimidad frente al punto de vista de la ajenidad y señalaré los motivos por los cuales el pragmatismo jamesiano adhiere al punto de vista de la intimidad.
- (2) *El pragmatismo jamesiano como humanismo*. Demostraré cómo desde una lectura humanista del pragmatismo de James es posible dar cuenta de la radicalidad de su pensamiento en torno a la cuestión del conocimiento y explicar por qué privilegia el conocimiento perceptual por sobre el conocimiento conceptual.

ARGUMENTO 1: LA FILOSOFÍA DE LA EXPERIENCIA ÍNTIMA

La *intimidad* y la *ajenidad* son dos puntos de vistas que se excluyen mutuamente. Optar por el *punto de vista de la ajenidad* supone definir la relación entre el hombre y el universo como una relación donde existe una distancia y una separación palpable: el hombre se encuentra frente al universo y lo representa (o intenta descifrarlo). Para James, el modo de pensar intelectualista o racionalista suscribe al punto de vista de la ajenidad. ¿Por qué? Porque supone que el hombre, y sus experiencias, nada tiene que agregar al universo real. El hombre contempla y reflexiona sobre el mundo desde un lugar lejano: nada de lo que el hombre haga o deje de hacer afecta a la armonía, orden y belleza del universo. En contraposición, optar por el *punto de vista de la intimidad* es comprometerse —en cierta manera— con la siguiente idea: el hombre y el mundo están coimplicados. Se compenetran y se funden en una intimidad que lejos de identificarlos, abre la puerta a una multiplicidad siempre creciente de relaciones, experiencias y realidades. En otras palabras, optar por el punto de vista de la intimidad es aceptar que, en algún sentido, existe una continuidad entre el hombre y el universo.

La adhesión de James al punto de vista de la intimidad es evidente ya desde su obra maestra *Principles of Psychology* (1890). Allí examina las características de la vida mental humana y en oposición directa a la psicología espiritualista concluye, entre otras cosas, que la *conciencia* no posee ningún tipo de sustancialidad⁵.

⁵ En otras palabras, James se opone rotundamente a la posición cartesiana que sostiene el carácter sustancial de la conciencia que refleja pasivamente la cosa exterior. Acorde con esta postura, en su ensayo ¿Existe la conciencia? (que luego es incluido en *Essays in Radical Empiricism*), este autor no solo se niega a aceptar que la relación sujeto-objeto sea una relación fundamental, sino que también ratifica que hablar de la conciencia como entidad no es otra cosa que una quimera.

En otras palabras, la conciencia no tiene un contenido propio sino que se define meramente por la función que cumple. Y ¿cuál es la función primordial de la conciencia? No la de reflejar algún tipo de naturaleza intrínseca de las cosas sino la de elegir las conductas apropiadas para conseguir un fin deseado. La conciencia, pues, posee una naturaleza teleológica: no hay conciencia sin acción prevista.

De aquí, pues, que James se asuma como representante de una *psicología funcionalista* pero se niega a explicar la funcionalidad de la conciencia a partir de meras relaciones mecánicas o fijas entre medios y fines. La mera adaptación no explica la dinámica de la vida mental. En pocas palabras, la conciencia de la que habla James no se reduce a la conciencia de la acción automática, refleja⁶. Por el contrario, la nota fundamental de la conciencia reside en su *interés*. Toda conciencia es una conciencia interesada y los intereses de la conciencia son personales. De aquí que James no hable de «conciencia» en general sino de conciencias particulares. Toda conciencia es conciencia *personal*. Esta conciencia personal y continua registra lo que es congruente de la realidad con los fines e intereses particulares del hombre. La conciencia es un *flujo* y siempre tenemos experiencia de lo conexo aunque a veces no lo advertimos porque estamos muy concentrados solo en las «partes sustantivas» de nuestra experiencia (mientras que las «partes transitivas» son generalmente ignoradas⁷).

Esta conciencia personal, selectiva, interesada y continua revela su carácter de intimidad en cuanto se la vincula con lo que James llama «yo empírico» (*the empirical self or me*). El yo empírico abarca los diferentes aspectos más importantes (e íntimos) de lo que cabe denominar *yo*: el aspecto material, social y espiritual. Somos, para el autor, la sumatoria de todo aquello que puede llamarse *mío*: desde mis pertenencias (la vestimenta, la vivienda, la familia), los diferentes roles que tengo en la sociedad⁸, hasta nuestro centro espiritual (llamado «yo de yoes») —sede de la conciencia moral y responsable último de seleccionar la relevancia adaptativa de los medios y de asignar un significado a los fines a partir de los cuales el hombre evalúa sus actos—.

La adhesión jamesiana al *punto de vista de la intimidad* es también evidente en sus escritos en torno a la voluntad y a la religión. En *The Will to Believe*, James analiza y defiende la incidencia de nuestra vida pasional en el proceso de adquisición y justificación de nuestras creencias y nos enseña a cultivar el hábito de la creencia,

⁶ Ver desarrollo del tema en James (1890, capítulo V).

⁷ En otras palabras, podemos decir que las «partes sustantivas» de la conciencia son ciertos contenidos seleccionados y vinculados fundamentalmente con una acción por realizar. Pero lo importante es advertir que estos contenidos seleccionados no se encuentran aislados entre sí sino que establecen diferentes relaciones de sentido con las «partes transitivas» de nuestra conciencia (las cuales son las verdaderas encargadas de llevarnos de una conclusión sustantiva a otra).

⁸ La sociedad es el campo donde se juega el reconocimiento, la valoración y la autoestima de cada hombre. No hay peor castigo —sostendrá James— que ser ignorado por la sociedad.

y dejar en todo caso que la experiencia nos corrija. En *The Varieties of Religious Experience*, reflexiona sobre la religión como vivencia íntima, irrepetible y sumamente misteriosa y sostiene que la religión responde a necesidades íntimas humanas.

Teniendo en cuenta lo anterior, en *Pragmatism* y en *Essays of Radical Empiricism*, James sostendrá que «no exigir relaciones íntimas con el universo, y no desear que estas sean satisfactorias, debería considerarse signo de que algo no está funcionando bien» (1987, p. 645). En este caso, su adhesión al punto de vista de la intimidad queda reflejada en la *tesis del empirismo radical* y en la idea de *experiencia pura*. Para explicarlo brevemente, diremos que para James hay solamente un tejido primo o materia prima de la cual está conformado todo el mundo. La experiencia no es, por tanto, ni física ni mental. Lo que en cada caso entendemos por subjetivo u objetivo es, en última instancia, un atributo funcional de una realidad que no es ella misma autoescindida. De aquí que, la clásica distinción entre sujeto y objeto, pensamiento y cosa deja de ser una distinción ontológica para convertirse en una distinción meramente funcional. Y ello implica que una misma cosa pueda ser vista en dos lugares diferentes en tanto entra simultáneamente en dos procesos diferentes: un proceso interno o psíquico (lo vivido) y un proceso externo (lo dado). Como subjetiva decimos que la experiencia *representa*; como objetiva, que es *representada*. Lo que representa y lo que es representado es aquí numéricamente lo mismo. Ningún dualismo reside, pues, en la experiencia *per se*. La experiencia es pura porque es íntima: toda interacción se entiende como diferentes relaciones entre partes de la misma experiencia.

Ahora bien, cabe una aclaración respecto del punto de vista de la intimidad que James defiende: no debe confundirse con la defensa del *punto de vista de la totalidad o de la unidad absoluta*. El absolutista tiene la ilusión de alcanzar el punto de vista de la eternidad (bajo el registro del universo como forma-todo), siendo él mismo un ser finito y limitado. De aquí que considera, por ejemplo, que hablar de la parte y el todo, lo inferior y lo superior, lo primero y lo último es hablar de un único y mismo hecho absoluto e idéntico a sí mismo⁹. Pero la totalidad no es intimidad. Dicho en pocas palabras, mientras la totalidad o la unidad absorbe a lo otro (negando su contribución), la intimidad acepta que «algo siempre se escapa». En este sentido, diremos que los absolutistas piensan —encerrados en la lógica de la identidad— bajo el *punto de vista de la ajenidad* y no de la *intimidad*.

Escapar a la lógica intelectualista será para James aceptar que el universo no se nos presenta bajo la *forma-todo* sino bajo la *forma-cada*. Y presentarse bajo la forma-cada no implica sostener que el universo está formado por una multiplicidad de partes sin relación.

⁹ Se cuestiona James: «¿Qué los empuja —a los absolutistas— a llamar a las partes y a la totalidad «el mismo cuerpo de experiencia» cuando en la misma frase deben decir que el todo «como tal» significa un tipo de experiencia y cada parte «como tal» significa otro?» (1987[1909], p. 721).

Por el contrario, el autor sostiene que nada real es absolutamente simple. En el universo (como en la conciencia) hay continuidad. Y esta continuidad que acepta el pragmatismo jamesiano difiere de la continuidad y unidad de los pensadores absolutistas por el siguiente motivo: no es cerrada ni fija. En otras palabras, acepta que la conexión entre todas las cosas existe pero también sostiene que la misma es débil, provisoria y se extiende en varias direcciones. Las cosas se relacionan con otras en muchos sentidos, pero nunca nada incluye todo o domina sobre todo. Nada está esencialmente y eternamente coimplicado. Las relaciones que afectan a las cosas no son totalmente estables. Siempre queda, pues, la posibilidad de aislar ciertos elementos de otros y de formar diferentes tipos de unidades¹⁰. La posibilidad del cambio implica, pues, no solo abandonar la idea platónica de la superioridad de lo fijo sino fundamentalmente aceptar que «lo que realmente existe no son cosas hechas sino cosas haciéndose» (1890, p. 751) y que el hombre —con sus motivos e intereses personales— desempeña un rol primordial en dicha construcción.

ARGUMENTO 2: EL HUMANISMO EN JAMES

Si nos preguntan: «qué es mejor: ¿vivir o comprender la vida?», seguramente responderemos lo mismo que James cuando se formuló dicha pregunta en *Some Problems of Philosophy*. Su respuesta fue: «Debemos hacer ambas cosas alternativamente: querer que el hombre se limite a una sola de ellas es pretender cortar con una tijera de una sola hoja» (1987[1911], p. 1020). Ahora bien, si la pregunta fuera la siguiente: «¿Cuándo experimentamos lo real: cuando tenemos un conocimiento conceptual acerca de las cosas o cuando las vivenciamos personal y presencialmente?», la respuesta, en este caso, desde una lectura estándar del pragmatismo de James, se limitaría a repetir la respuesta jamesiana anterior y sugeriría que necesitamos tanto de los perceptos como de los conceptos para experimentar lo real.

No obstante, desde una lectura humanista de James, vamos a sostener que no hay *verdadera experiencia de lo real sino solo mediante la sensación (percepción)*. El autor expresa explícitamente dicha posición cuando sostiene que:

Los rasgos más hondos de la realidad se encuentran solo en la experiencia perceptual. Solamente aquí nos ponemos en contacto con la continuidad e inmersión de una cosa en otra, solo aquí conocemos el yo, la sustancia, las cualidades, la actividad en sus diversas formas, el tiempo, la causa, el cambio, la novedad,

¹⁰ Dice James: «El empirismo radical y el pluralismo defienden la legitimidad de la noción de *algunos*: cada parte del mundo está conectada de algunas maneras, y de algunas manera no, con sus demás partes, y las maneras pueden discriminarse, ya que muchas de ellas son obvias y sus diferencias son observables de un modo obvio» (1992[1899], p. 666).

la tendencia y la libertad. Frente a todos estos rasgos de la realidad, el método de la traducción conceptual [...] solo puede pronunciar su impotencia y señalarlas como irreales y absurdas (1987[1911], pp. 1031-1032).

La verdadera experiencia es, pues, el ámbito de lo sentido, de lo irreductiblemente concreto y personal. Y, por tanto, tal tipo de conocimiento debe ser estimulado y privilegiado por sobre cualquier otro tipo de conocimiento. Ciertamente, esta posición implica sostener que la conceptualización, la creencia y la verdad no son los temas de principal interés dentro del pragmatismo jamesiano. Y aunque James los desarrolle exhaustivamente, su tratamiento solo tiene por finalidad alejarnos de posiciones intelectualistas y brindarnos las herramientas necesarias para la comprensión de lo propiamente humano y del flujo de la vida. Tal es el núcleo fundamental de su pragmatismo: *comprender lo propiamente humano*. El constante ataque jamesiano al modo de pensar racionalista e intelectualista y al punto de vista de la ajenidad no hace otra cosa que confirmar nuestra sospecha: el *humanismo* en James no es un tópico entre otros sino que es la base de su pensamiento y en este punto nos sirve también para la comprensión de la defensa jamesiana de la primacía del conocimiento perceptual por sobre el conceptual. Veamos cómo.

Según este autor, el hombre singular —con sus motivos y satisfacciones— es la figura imprescindible a la hora de contestar cualquier interrogante (desde los no filosóficos hasta los filosóficos). Con esta afirmación James no está avalando la idea de «todo vale» en materia de justificación de las elecciones humanas. El hombre no tiene libertad total para moldear el mundo a su medida. Aunque la realidad no se impone con un contenido como propio, *existe* y coloca un límite a la libertad del hombre. Es teniendo en cuenta la existencia de este límite que cobra sentido la diferencia entre el punto de vista de la intimidad y el punto de vista de la ajenidad. Para aquellos que sostienen el punto de vista de la ajenidad, el límite entre la realidad y el hombre establece una distancia imposible de superar. Por el contrario, para los defensores del punto de vista de la intimidad, el límite es el *lugar de encuentro* entre el hombre y el mundo. El límite es el espacio donde se entablan las relaciones íntimas entre ambos. Donde el intercambio entre lo humano y lo inhumano se hace posible¹¹. De aquí que sea necesario fomentar el conocimiento perceptual, directo. Solo bajo este tipo de conocimiento, la intimidad es posible.

¹¹ James identificaría este lugar como un «lugar de batalla», un lugar de extrema tensión donde surge un producto humano inigualable. Sostiene: «lo que emociona al espíritu humano es el espectáculo de la batalla en acción: [...] esto es lo que inspira todas las formas más elevadas del arte y de la literatura» (1992[1899], p. 864).

La sensación es, pues, insuperable y cualquier conceptualización supone no solo una alteración o falsificación de lo real sino fundamentalmente una pérdida. ¿Por qué una pérdida? Porque los conceptos son términos discontinuos que solo pueden cubrir una parte segmentada del flujo. Aun cuando tengamos una interpretación instrumentalista de los conceptos, incluso cuando su única función relevante sea la de conducirnos a la acción, los conceptos jamás podrán estar a la par de los perceptos. En otras palabras, los conceptos —lejos de permitirnos experimentar lo real— detienen su fluir y lo cortan en trozos discretos, perdiendo así la riqueza del fluir mismo.

Además, hay un punto clave en el humanismo de James que es fundamental para dar cuenta de la primacía del conocimiento perceptual: lo más significativo para él es *el plano de la acción particular en el que abundan las diferencias locales y relativas*. En este sentido, el ámbito social aunque sea un ámbito necesario de realización humana, muchas veces nos carga de innumerables prejuicios y (malos) hábitos de acción difíciles de combatir. Dice este autor: «Las maneras absolutamente incorrectas e innecesarias de nuestras disposiciones internas y de nuestros actos externos, cultivadas por la atmósfera social, conservadas por la tradición, idealizadas por muchos como formas admirables de la vida [...] son la suma de lágrimas y fatigas que excede nuestra medida de resistencia» (1992[1899], p. 833).

Lo cierto es que una vez conceptualizada la realidad desde el ámbito social, es muy difícil volver a establecer relaciones íntimas con ella. El hombre se queda atrapado en los conceptos y se separa, cada vez más, de la riqueza y las novedades que la realidad nos ofrece continuamente.

De esta manera, el problema de dar prioridad al conocimiento conceptual consiste en que se alimenta así *el temperamento conformista* hombre. Quedar atrapado en el conocimiento conceptual resulta equivalente a no querer enfrentar los desafíos de la vida. James relaciona, pues, la vida tranquila, sin ideales y sin pasiones violentas que lo seduzcan a la vida del hombre con temperamento conformista. Tal hombre que no se anima a experimentar personalmente la realidad. A sentirla. A moldearla con sus propias manos. El hombre de temperamento conformista se caracteriza por ser dogmático, cerrado y optimista. Su principal propósito evitar el mal y continuar su vida sin correr mayores riesgos. No siente curiosidad por lo desconocido y cree tenazmente que las decisiones importantes de su vida depender de un orden superior ya establecido (por ejemplo, la comunidad)¹². Pareciera ser que la vida comunitaria,

¹² A diferencia de aquel, el individuo de temperamento rudo y enérgico implora por novedades y sabe de la importancia de su accionar personal para hacer del mundo un lugar digno de ser vivido. Su principal propósito es buscar el bien y por tanto no se acobarda frente a los desafíos y encaran sin miedo sus obligaciones personales.

la recurrencia de los hábitos y el perdurar del modo de pensar del sentido común, estancan nuestras energías de una manera inigualable. No hay riesgos para aquel que vive dentro de la moral establecida. No hay por tanto necesidad de agotar recursos mentales o físicos. Más aún, James sostendrá que los conceptos no solo nos separan de la riqueza del mundo sino también del contacto y real entendimiento con otros hombres.

Es frente a tal panorama que James insiste en el capítulo I de *Talks to Students on Some of Life's Ideals* a abrazar el *evangelio del abandono*. Dicho evangelio predica, fundamentalmente, la desvinculación de la moral humana del sentimiento soberbio de responsabilidad, preocupación, tensión y nerviosismo por cuantificar rendimientos. Al cuantificar rendimientos, el hombre olvida el *aspecto cualitativo* de la realidad. Frente a tal atroz posibilidad, James nos aconseja lo siguiente respecto del conocimiento conceptual: «Reducid cuanto sea posible su influencia a las grandes ocasiones, a aquellas que os obliguen a adoptar una resolución de orden general, a fijar un plan de campaña; y procurad que no se haga sentir en los detalles de vuestra vida (1992[1899], p. 836)».

En los detalles de la vida, el hombre debe elegir un camino personal, de elección íntima y libre. Y ello resulta posible solo si se fomenta el contacto perceptual con el mundo. En este sentido, su humanismo nos invita a descender al nivel primitivo de la sensación para reencontrarnos con los bienes fundamentales de la vida. Un buen ejemplo de ello lo brinda la *concepción jamesiana de la religión*. Al autor no le interesa ni la religión como fenómeno intelectual ni como fenómeno meramente institucional. La religión es, para él, una experiencia personal que toma vida dentro del pecho de cada individuo. James lo describe con las siguientes palabras: «es como si hubiera en la conciencia humana un sentido de realidad, un sentimiento de presencia objetiva, una percepción de algo que puede ser llamado «algo aquí» (1902, p. 58). La presencia de Dios es una experiencia personal íntima. Además, y en consonancia con su humanismo, el autor sostiene que «los dioses que defendemos son los dioses que necesitamos y de los cuales podemos servirnos, los dioses cuyas demandas respecto a nosotros reafirman las demandas que nos hacemos a nosotros mismos y a otros» (p. 324) y sostiene que «el impulso religioso es amor a la vida, en todos y en cada uno de los niveles de desarrollo» (p. 497). Pero, fundamentalmente, el creyente se encuentra en un estado de relajación y reposo (denominado paz mental) que lo torna más sensible y tolerante para comprender las diversas formas en que los hombres eligen vivir sus vidas. En otras palabras, la vida religiosa implica un relajamiento moral y nos otorga la cuota de vulnerabilidad necesaria para liberarnos de las cargas superficiales (conceptuales) y conectarnos con el flujo de la vida.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Muchos de nosotros, pertenecientes a las clases que a sí mismas se llaman cultas, nos hemos alejado demasiado de la naturaleza. Nos hemos dedicado a buscar exclusivamente lo raro, lo escogido, lo exquisito y a desdeñar lo ordinario. Estamos llenos de concepciones abstractas y nos perdemos entre las frases y la palabrería; y así es que mientras cultivamos esas funciones más elevadas, la peculiar fuente de la alegría, que se halla en nuestras funciones más simples, muy a menudo se seca, de modo que quedamos ciegos e insensibles en presencia de los bienes más elementales y de las venturas más generales de la vida (James, 1992[1899], pp. 856-857).

Por todo lo expuesto anteriormente, concluiremos que el humanismo de James —en estrecha relación con el punto de vista de la intimidad al que él adhiere— nos conduce a sostener que el *conocimiento perceptual* es un modo de conocimiento privilegiado en tanto nos conecta de manera íntima y personal con el mundo. En última instancia, el *conocimiento perceptual es experiencia*. Y para este autor, la experiencia es el campo de lo propiamente humano. El conocimiento conceptual, por tanto, no está para James a la misma altura que el conocimiento perceptual. Aunque pueda complementarlo, el conocimiento conceptual es un proceso secundario, no imprescindible para alcanzar la felicidad en la vida humana. La felicidad está en no pensar en nada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- James, William (1890). *Principles of Psychology*. Nueva York: Henry Holt.
- James, William (1902). *The Varieties of Religious Experience*. Nueva York: The Modern Library.
- James, William (1987[1907]). *Pragmatism. A New Name for Some Old Ways of Thinking*. En Bruce Kuklick (ed.), *William James, Writings 1902-1910*. Nueva York: Library of America.
- James, William (1987[1909]). *A Pluralistic Universe*. En Bruce Kuklick (ed.), *William James, Writings 1902-1910*. Nueva York: Library of America.
- James, William (1987[1911]). *Some Problems of Philosophy*. En Bruce Kuklick (ed.), *William James, Writings 1902-1910*. Nueva York: Library of America.
- James, William (1992[1899]). *Talks to Teachers on Psychology and to Students on Some of Life's Ideals*. En Gerald E. Myers (ed.), *William James, Writings 1878-1899*. Nueva York: Library of America.
- Perry, Ralph Barton (1958). *In the Spirit of William James*. Indiana: Indiana University Press.